



NUM. 52. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 42 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE DICIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



asó el año 66! ¡Viva el año 67! Llore al difunto el que no haya fijado la consideracion en la rapidez del tiempo y en la fragilidad de las cosas humanas; el hombre que medita y espera, solo ve en este acontecimiento que á tantos aflige, un paso mas hácia la verdadera vida. Dios no hace absurdos, y creer que los

años son, como si dijéramos, otros tantos mojones que ha puesto en nuestro camino para que marquen el tránsito de la criatura hácia la nada, es creer en absurdos.

Observad, sino, la naturaleza: el árbol lleno de verdor y de pompa en el verano, que es cuando la vejección alcanza su completo desarrollo, es despojado de todas sus galas cuando llega el invierno; pero en la próxima primavera vuelve á cubrirse de hojas y de flores: el muerto resucita. Pues bien, aplicando al hombre, que indudablemente vale mas que la encina y el alcornoque, la ley que rige la existencia del mundo vegetal, de donde hemos tomado el ejemplo, debe confiarse en que despues del invierno de la vida terrestre entrará de lleno en una primavera que no ha de tener fin. Demasiado se nos alcanza que la mujer que ve en su cabeza la primera cana, esto es, la primera hoja marchita, no se conformará fácilmente con la filosofía consoladora que del campo se desprende; demasiado sabemos que nunca se hará la ilusion de que el manojo de cabellos blancos, corona de su ancianidad, ha de convertirse, andando el tiempo, en radiante aureo-

la de viva luz; pero esto consiste en el error grosero de que mas vale malo conocido que bueno por conocer, error que, por otra parte, está en contradiccion con esa especie de ansia febril con que deseamos que las horas pasen velozmente, confiados en que el día de mañana ha de realizar nuestros sueños de hoy. No hay desgracia cuyo alivio no se fie al tiempo; se repite frecuentemente, todo lo cura; y sin embargo, este médico, este amigo, este paño de lágrimas, es tambien un verdugo. ¿Quién concierta estas medidas?

Gran escasez de noticias tenemos hoy: lo de Méjico, y lo de Chile y el Perú, sigue poco mas ó menos en el estado de que dimos cuenta en nuestras últimas revistas. Que el emperador Maximiliano abdica, que no abdica; que lo han preso, que está libre; que se arreglan nuestros asuntos con aquellas dos repúblicas, que ya no hay nada de lo dicho, sino que, por el contrario, hay allí quien agita la opinion pública en el sentido de abrir una nueva campaña, que indudablemente les producirá glorias por el estilo de las de Abtao, Valparaíso y el Callao; he ahí lo que, en suma, sacamos en limpio de los partes y correspondencias mas recientes.

Lo único digno de consignarse, y aun esto considerado sólo como un dato curioso tomado de los periódicos extranjeros y reproducido por la prensa de Madrid, son las siguientes bases del proyecto de arreglo entre el gobierno de la Santa Sede y el de Victor Manuel, segun una carta escrita desde Roma al *Secolo* de Milan.

1.^a El gobierno italiano presentará al Parlamento un proyecto de ley, por el cual se declarará á Florencia capital definitiva del reino de Italia.

2.^a Los cardenales serán declarados príncipes del reino de Italia y percibirán del tesoro una asignacion que será el doble de la que gozan hoy.

3.^a Las poblaciones del patrimonio de San Pedro, á escepcion de Roma, podrán declarar por medio de un plebiscito si quieren continuar bajo el régimen pontificio, ó anexionarse al reino de Italia.

4.^a Roma será declarada ciudad religiosa *sui generis*, y el Papa mandará en ella como soberano absoluto, pero las autoridades municipales serán elegidas por los ciudadanos y tendrán á su cargo muchos servicios administrativos. Se sustituirá el elemento laical al religioso, sobre todo si en virtud de las negociaciones debiera añadirse á Roma un radio de territorio que ulteriormente se determinará.

5.^a El ejército pontificio se licenciará y deberán partir las tropas extranjeras. Las indígenas podrán formar parte del ejército italiano, mediante la presentacion de los documentos que atestigüen honradez y buenas costumbres, sobre todo por parte de los oficiales.

6.^a El tratado entre Italia y el gobierno romano no comprometerá al gabinete de Florencia, sino durante el pontificado de Pio IX.

7.^a Pio IX reconocerá á Victor Manuel como rey de Italia, y en vez de partir para el destierro irá á Florencia á consagrar la soberania del rey elegido.

8.^a Italia contribuirá como potencia católica á la lista civil que los Estados católicos harán al Pontífice.

El *Jornal do Comercio* de Lisboa, correspondiente al 23, anuncia como probable la visita de Victor Manuel á aquella capital en todo el mes de enero próximo. Tambien dice que se creen allí exactas las noticias referentes al viaje del emperador Napoleon con objeto de tomar los baños sulfurosos de la isla de San Miguel, como remedio eficaz á los padecimientos que le afligen.

No hace mucho, fue condenada á 15 francos de multa por el tribunal de policía de Bruselas, una jóven pescadora, por haber abofeteado en un teatro á un diputado ministerial. Sábese que la pescadora era una linda muchacha, pero no dice la crónica si tenia las manos blancas, lo cual hubiera sido tal vez una circunstancia atenuante: en España, al menos desde que la galantería de uno de los primeros ingenios del siglo de oro de nuestra literatura, dijo en el título de una de sus obras *Manos blancas no ofenden*, tan conforme con el carácter caballeresco de este pueblo, puede asegurarse que una pescadora, ó no pescadora, con tal que fuese, como aquella, jóven y hermosa, aunque tuviera las manos algo curtidas por el sol y el viento del mar, no se vería espuesta al desagradable resultado que la belga.

Y va de reyertas. Dos ciudadanos de Bamberg (Baviera), se trabaron de palabras, y uno de ellos, no encontrando otra mas dura que dirigir á su adversario, le llamó «Bismark.» Llevada por el así llamado querrela ante un tribunal, considerando aquel nombre como un ultraje á su honor, el tribunal absolvió al acusado dejando libre de gastos al querellante, por no atreverse á decidir si el apellido Bismark constituye una injuria penada por la ley. Esto, en resumidas cuentas, viene á demostrar que el ministro prusia-

no es allí igualmente simpático que en Hannover.

El siglo XIX es el siglo de los prodigios. A la hora en que escribimos estas líneas, está, no diremos sobre el tapete, sino sobre el mostrador, una cuestión de suma trascendencia, sobre todo mientras duren los frios, así para el bolsillo del marchante, como para la conservación de la salud. Hé aquí los términos en que comunica esta importante noticia uno de nuestros colegas: «Los sastres han establecido en Tarragona una competencia favorable al consumidor, que parece ha señalado la hora de la regeneración de los sastres. Dichos señores venden los trajes y capas buenas, llamantes, á 9 duros, y hay establecimientos donde se obsequia al comprador, ya con una luneta y entrada en el teatro, ya con un café, copa y puro.» Si los sastres de las demás capitales de España siguen tan recomendable ejemplo, y la competencia, como deseamos de corazón, se encarniza un poco, ha de llegar día en que alguno de ellos dé dinero encima, concluyendo así con la miseria y la desnudez de nuestros prójimos, que entonces podrán ver cuán cierto es aquello de que la capa todo lo tapa.

El señor Casal Riveiro, ministro de Negocios Eranjeros de Portugal, que vino de Lisboa despues de inaugurada la via que nos une al vecino reino, ha visitado el Museo de pintura, el Colegio de San Carlos, la Universidad central y otros establecimientos notables. En la última, presencié el solemne acto de recibir la investidura de doctor en la facultad de derecho civil y canónico el presbítero don Francisco Falcon y Martin, quedando plenamente complacido, como también de las esplicaciones de los señores Amador de los Rios y Moreno Nieto, á quienes habia oido antes en sus respectivas cátedras.

La sociedad de *El Fomento de las Artes*, ha regalado á Teresa Carreño una medalla de oro, en cuyo anverso hay un grupo de atributos artísticos, y el título de la Sociedad, y en el reverso la dedicatoria con el nombre de la encantadora niña á quien colmó de aplausos noches atrás, como igualmente á Zorrilla, que leyó algunas de sus ins, iradas poesías.

También nuestra compatriota la señorita Hervill, otra notabilidad en el piano, fue acogida con verdadero entusiasmo al presentarse en el teatro del Circo, despues de algunos años de ausencia.

Ya han empezado en los salones de Capellanes los bailes de máscaras, viéndose, como siempre, favorecidos por una grande y animada concurrencia.

Las funciones dramáticas estrenadas con motivo de las últimas fiestas, han sido: en el Príncipe, la comedia del señor Marco, titulada *Hoy: el juguete Oros, copas, espadas y bastos*, de Larra; en los Buffos, *De tejas arriba*, del señor Moreno, y *El Pavo de Navidad* del señor Puente y Brañas; en Jovelanos, la *Jota aragonesa*, de Hurtado y Nuñez de Arce, *La Estrella de Belen*, de Gutierrez de Alba, y *En el cuarto de mi mujer*. En el Circo, *Rueda la bola*, del señor Mozo de Rosales, y la Revista de Gutierrez de Alba, titulada: *De 1866 á 1867*. Autores, actores y empresas han recibido aplausos y dinero.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL TABACO.

¡Válame Dios y cuán fecundo es el hombre para inventar y acoger todo linaje de vicios! ¡Cuán solícito en prohibir todo lo que puede serle pernicioso ó que á lo menos no ha de producirle incontrastable utilidad!

Pero, alto ahí, señora pluma mía; ¿qué prurito de filosofar es éste con que ahora te desatas? ¿A qué vienen todas esas alharacas de moralidad y ese avinagrado geniecillo? ¿Acaso quieres endilgarme alguna filípica? ¿Y cuál es la desventurada víctima que hoy has escogido por blanco sobre que descargar tu atrabiliario humor?

¡Ah! pero ya doy en la cuenta, bobo de mí! Los fumadores van á recibir la andanada.

Encárgote, pues, querida mía, que te cuides de esos señores, mira que son muy muchos, y por mas que tengas razon que te sobre, no será bastante para salir bien librada y tendrás que aplicarte aquella manoseada colilla:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios protege á los malos,
cuando son mas que los buenos.

Pero ánimo y á ellos, que el que dá primero dá dos veces, y pues que todo tiene cien leguas de mal camino, abordemos la cuestión y pecho al agua.

El primero y mas trascendental de todos los inconvenientes del tabaco (y principiaré por narrar sus desgracias, porque las gracias confieso ingénuamente que no sé si las hallo) está en el muchísimo tiempo que nos hace perder, sobre todo á los españoles.

Sabido es que los nietos de Túbal, con escepciones mas claras que lunas, tenemos una maldita propension al dulce far niente y que no necesitamos de ningun pre-

texto para ejercitar la pasmosa facultad que poseemos de *hacer tiempo*; pues bien, ¿cuánto no es el tiempo que se hace en España fumando, y dígame si no hay mas que suficiente para surtir á la nacion que mas lastimosamente lo pierda?

—Hagamos tiempo fumando un cigarro.—Dice el hombre á quien se ha citado para un asunto cualquiera; y con tan buena maña, y tanto despilfarro lo hace, que siempre el tiempo se le burla, y mientras él ha creído *hacerle*, ha perdido una inapreciable cantidad de cuartos de hora y aun de horas enteras.

—Hagamos tiempo fumando un cigarro.—Dicen algunos empleados, y enristrando la pluma detrás de la oreja, dejan reposar dulcemente los papeles sobre la mesa, y repantigándose en su sillón y cruzando una pierna sobre otra, se deleitan filosóficamente, viendo las azuladas ondulaciones del humo, ó entablan sabrosa plática con sus colegas.

Los fumadores, por regla general, son impertinentes, sobre todo al bello sexo, á quien sofocan y marean con insutribles bocanadas de humo; pero ¿qué mas dá? La antes proverbial galantería española va siendo solo un fantasma histórico, desde que tanto se ha propagado tal costumbre.

Hoy, los que se tienen por mas cumplidos caballeros, no hacen alto en sacar la petaca; y con un oficioso —con permiso— se creen autorizados para encender un enorme puro, convirtiendo su boca en la chimenea de una caldera de vapor.

El viajero fumador es una de las plagas de Egipto, y *ainda mais* si el viaje es en diligencia. Embutidos tres ó seis pasajeros en el vehículo, no le arriendo la ganancia al misero á quien le tocan uno, dos ó mas fumadores.

Muy pronto aquel chiribitil se convierte en un infierno y la pobre víctima principia á toser y á llorarle los ojos, sin que se apiaden de ella sus verdugos: ya se ve, al poner el pie en el estribo es de cajón dejarse la cortesía en la estacion ó en el parador, porque ¿quién se va á violentar de tal manera durante una porción de horas, máxime cuanto que la mayoría de los fumadores preferirian, segun ellos, no comer á no fumar? pero ya haria yo la prueba de tenerlos ayunos no mas que veinte y cuatro horas, y cuando el estómago reclamase imperiosamente sus funciones, les ofreceria un par de los mas seductores *vegueros* y á buen seguro que los agradasen.

Hay aun mas: los fumadores se hacen insoportables unos á otros, gracias á la ineludible ley de darse fuego cada vez que lo solicitan.

Merced á ella, el mas atildado de los elegantes no puede escapar de ofrecer pulcramente su aristocrático habano al mas atroz y desharrapado malandrín que se le acerque, espetándole la frase:

—Caballero, ¿me hace usted el favor?...

Y esto es irremediable, pues de otro modo el gremio pondria el grito en el cielo contra la impolitica del que se negare, faltando á una ley del derecho de gentes entre fumadores.

Estos podrian clasificarse en varias familias: está el *fumador chivato*, ó novel: éste, por lo común, es alumno del Instituto, ó cosa parecida, de pocos años; acaba de vestir de tiros largos y sombrero de copa, fuma de las colillas de papá, de los descuidos de su petaca ó los pitillos de sus condiscípulos.

Esto lo hace á hurtadillas, sin embargo de que á veces se lanza á la calle echándolas de hombre; pero si ve de lejos á papá ó algun amigo de la casa, arroja prontamente el cuerpo del delito, aunque alguna vez es sorprendido infragante, lo que le vale una cachetina luego que llega á su casa. Estos acostumbran á recibir su *bautismo de humo* con alguna borrachera producida por el primer coracero con quien se atreven.

El *fumador gorrón* se distingue á tiro de ballesta por su facha nada pulera y porque acecha el momento en que sus camaradas, ó los que no lo son, abren la petaca para lanzarse á ella y tomar un cigarro, no sin ojear primero el que parece de mejor clase y aun de agarrar mas de uno, si posible fuese.

Esta clase es pronto conocida y los demás procuran evitar el despojo, pero nunca le falta alguna nueva víctima en quien explotar su industria.

El *fumador presumido* es, por lo general, barbilindo y acicalado; fuma puro, pero solo cuando ha de ir á sitios donde puede lucir su cigarro, ó bien cuando pasa por delante de los balcones de su novia: luce con ostentacion la boquilla ennegrecida por el humo, ó como él dice *culoté*, y una bonita petaca, generalmente huérfana para no verse en el compromiso de ofrecer.

Aun cuando apuraria hasta el último ápice de la colilla, arroja el puro con desenfado á poco mas de la mitad, pero siempre cuando alguno puede admirar su enfático desprendimiento.

El *fumador de buena boca*, es el que lo mismo fuma habano que filipino, y para quien es tan grato el sahumero de un coracero como el de un *casador*, acostumbrado á liar unos cigarros descomunales, en donde se confunden en amistoso consorcio el tabaco y las migajillas de pan, depositadas en los rincones de los bolsillos: por lo general, ha sido militar, ó es memorialista ó cesante veterano.

El *fumador tacaño* aprovecha las puntas de una vez

para otra, secándolas cuidadosamente al sol en un papel de estraza; cuando fuma puro, lo divide en tres trozos, y si tropieza con una *tagarnina* incombustible a pura una caja de las de Lizarbe para encender cien veces el recalcitrante cigarro.

Es el que tiene mas semejanza con el *gorrón*, y como él, de ordinario va desprovisto de todo recado de fumar, para surtirle á costa del prójimo; y cuando atrapa algun puro y se ve en la necesidad de no poderlo partir, lo apaga luego cuidadosamente y lo guarda en los bolsillos del gaban.

Contrapuesto á éste, se halla el *fumador de alborado*, que es siempre alguna eminencia administrativa, ó capitalista, ó propietario, ó cosa que lo valga: siempre fuma puro, que compra en cajas traídas de *ex-profeso* y por las que paga una buena cantidad de pesos duros: su voluminosa petaca de piel de Rusia ó plata cincelada, está siempre repleta, y su boca no cesa de exhalar humo, como que con la punta de un cigarro enciende el sucesor.

Abomina el tabaco de los estancos, y aparenta no resolverse á creer cómo pueden hacer los fumadores vulgares para suicidarse lentamente con aquellos ponzoñosos *tagarotes*.

Del *fumador hembra* no quiero hacer mencion: me horroriza no mas pensar en que unos labios que deben ser de coral, lleguen á chupar y chupar con cariño aquella detestable y hedionda yerba. La union de una boca femenina y de un cigarro, por mas que sea la mas exquisita *breva*, es el contubernio mas abominable.

Fuman las cucas, las cantineras, las mujeres de pelo en pecho, en fin; pero esas no son mujeres, sino una raza híbrida entre ambos sexos. ¡Atrás, atrás tan infamando vicio!

Mas tipos podria presentar la galeria, pero no bosquejaré mas por hoy.

De los *polvistas* nada diré, por ser harto probada la suciedad de tal costumbre, si bien mas desvergonzada que la anterior, no respeta ni aun el recinto de los templos, y eso que Urbano VIII excomulgó á los que tal hiciesen; bien que á poco de introducirse en España el vicio de fumar, se fumaba también dentro de los templos, y los mismos clérigos fumaban en el *coro*, y lo que es mas extraño aun hasta *predicando*. (1)

Los fumadores todo lo invaden, y no son sagrado para ellos ni visitas, ni reuniones, ni nada: hasta en los teatros fuman de *incógnito*, suscitando peticiones con los que prohibirlo quieren: nada diré de los cafés, donde es tan denso el gas que de bebidas y cigarros se exhala, que llega uno á respirar con dificultad, en tanto que los fumadores se regodean con su cigarro ante la consabida copita.

Pero, señor, ¿cómo pretenden que se destierre tal adminículo, cuando tanto nos ayuda para realzar la persona? El cigarro sirve para dar al hombre las credenciales de tal.

No hay mas sino ver ese mozalvete imberbe, mejor dicho, ese chicuelo apenas escapado de los brazos de las ayas, que ostenta con descaro su cigarro, creyendo haber puesto una pica en Flandes el día en que, gracias á una reprehensible condescendencia del padre, dice jactancioso á sus camaradas:

—¡Ya fumo delante de papá!

Pero á quien seguramente presta el cigarro indispensables servicios es al poeta llamante, al novel periodista: ¡oh! lo que es para esta importante clase de la sociedad, el tabaco es uno de los accesorios imprescindibles.

Aquel, cuya *mision* sobre la tierra es difundir sus pensamientos y derramar á borbotones el rico tesoro de su inspiración, no puede menos de pedir auxilio en ciertos momentos á este poderoso escitante, á esta musa de nuevo cuño, al tabaco.

Entonces, cuando en su elevado lugurio se sienta en el trípode en que ha de sentir la inspiración de sus *elucubraciones*, es cuando reclama el poderoso influjo de una *tagarnina*.

Pero no es sólo en las buhardillas donde el tabaco inspira á los genios, no: su influencia se estiende por doquier, y lo mismo alrededor de la mesa del café, que de los bancos del billar, ó en los *salones* del peluquero, se ve á los regeneradores de la sociedad que chupando la rebelde colilla de puro, vomitan humo y máximas filosóficas, ó manejan el látigo de la crítica moral ó literaria, y en aquellos templos del genio despreocupado todos tienen voz y voto, y el mismo pinche puede meter la cuchara ó el rapista dar su tizeretazo con la misma seguridad y desenvoltura que si se tratara de rizar una peluca ó de hacer la barba á un parroquiano.

¡Y todo esto es obra nada mas que de una hojilla seca que el fuego consume! ¡Oh prodigio! ¿Y tuve la osadía de decir que no narraria las gracias del tabaco? Pues bien, voy á cantar la mas solemne palinodia, voy á ensalzar con todas mis fuerzas á la influencia mas po-

(1) El padre fray Tomás Ramon dice en su *Practicología de reformation contra los detestables abusos de los afeites*, lo siguiente: «De estas dos maneras se usa ya en España y con tanta frecuencia que no hay casi momento que no le apliquen á la nariz y á la boca, á todas horas y tiempos, ayunos y comidas, estudiando, predicando y en el *coro cantando*... andando de una parte á otra brindando con la tabaquerilla ó el *papelete*, etc.» Edición de Zaragoza 1655, página 354 y 355.

derosa de nuestros días, diré con Breton de los Her-
reros:
Voy á cantar las glorias del tabaco.

Alcen todas las naciones del mundo estatuas á Nicot,
que fue el primero que tuvo la feliz idea de propagar
en Europa el tabaco (*Nicotiana*) y mal año para Amu-
rates IX y Jacobo I de Inglaterra, á éste porque mandó
desterrar de sus Estados el tabaco, por parecerle yer-
ba perjudicial, y al turco por haber impuesto la pena
de cortar los labios y la nariz á los que lo usasen; y
plegue á Dios que cualquiera que no lo ensalce, sufra la
pena que en este momento padece y me hace padecer
un amigo, que me da prisa para que deje de molestar
á los lectores, á saber, que se envenene con el humo
del mas abominable de todos los coraceros y tagarni-
nas que se han fumado jamás.

JULIO MONREAL.

NOVELA NATURAL.

III.

(CONCLUSION.)

La hoja siguiente (que Juanita leyó de una tirada y
sin entregarse á análisis ni reflexiones, pues empeza-
ba á sentir un inesplicable mal humor), decía así:

Encargos:

«Cavatina de *Hernani*; calle del Príncipe, almacén
de Carrafa.

Visita á la hermana de don Manuel, Jacometrezo
16.

Suscribir á *La Epoca* á don Manuel: me dió el di-
nero.

Figurines á Pepa.

Revolver para el marqués.—Entregárselo á su so-
brino.

Clases pasivas.—Viudedad de mi prima.

Monte de Piedad.—Reloj de Federico.—Llevo la
papeleta.»

—Venía á Madrid.... fue lo único que pensó Juanita
al acabar de leer aquella hoja... Está en Madrid...
murmuró despues, puesto que aquí acaba de perderse
se la cartera...

Y volvió la hoja.

La otra contenía solo este apunte:

«Salí de Jaen el 8 de setiembre de 186..»

—¡Hace ocho meses! pensó Juanita. ¡Y es andaluz!
Mas adelante, despues de algunas hojas en blanco,
leyó lo siguiente:

«Ministro... calle Ancha de San Bernardo, núm....»

General... Luna, núm...

D. Miguel... Plaza de Oriente, núm...

Eduardo... Jacometrezo, núm...

—Vino á pretender, pensó Juanita. ¡Lo compadeceo!
La siguiente hoja decía:

«Eduardo... 3,360.»

Vizconde... 3,730.

El coronel me debe á mí... 680.»

—¡Ha jugado! exclamó la jóven con terror y pena.
Y ¡justo la cuenta y añadió:

—Perdió en una noche 8,310 reales. Es decir: que-
dó á deber esta cantidad, despues de perder todo lo
que tenía. ¡Voló la letra! Y no ha pagado, puesto que
el apunte está sin borrar. ¡Desventurado jóven!

«Escribí á C... el 13 de diciembre.

Le escribí de nuevo el 6 de enero.

Concluí con C... el 18 de enero.

La carta suya que rompí era de 13 de enero.»

Juanita volvió á quedarse absorta y con los ojos cla-
vados en el librito. Mil sensaciones agitaron su cora-
zon en un minuto, sin que se diera cuenta ni de una
sola. Al fin, exclamó para sí misma.

—¡Culpa de ella, ó culpa de él?

Seguían muchas hojas blancas. Luego venía esta no-
ta, escrita con tinta en medio de una página, como una
especie de epitafio.

«Se casó Carmen
el 23 de enero de 186....»

R. I. P.»

Juanita sintió frío dentro de los huesos.

Luego encontró esta lista:

«Casa. 1,760

Sastre. 2,300

Zapatero. 460

Guantero. 300

Fonda. 780

Fernando. 3,000

—¡Me da miedo esta cartera! pensó Juanita cerran-
do el libro, pero no sin dejar un dedo dentro para re-
gistrar el punto por donde iba.

Y resolvió no leer mas, y cinco segundos despues
leía estas palabras, escritas por otra mano en la pági-
na siguiente:

«Domingo de Piñata.—Teatro Real.—A las cuatro
de la madrugada.

La máscara blanca le jura á Victor enseñarle la cara
antes de un mes.

La máscara blanca.»

Debajo habia esta apuntacion, de letra del jóven de
Jaen:

«La máscara blanca llevaba una pulsera con estas
iniciales: A. C.

—¡Y sin embargo este jóven no era malo! se dijo
Juanita. La culpa ha sido de ella. La culpa es tambien
de Madrid. La culpa es de la suerte que no lo puso en
el camino de una mujer como yo. El amigo de *Lolilla*
y del *señor cura*; el que se despidió del *cementerio*; el
que tan tiernamente se separó de *Ellx...* era bueno, era
sensible, era digno.

Despues de una pausa, la jóven recorrió algunas ho-
jas y encontró estas líneas, escritas acá y allá en dife-
rentes páginas:

«El pagaré vence el 19 de mayo.»

«El director vive Montera, núm...»

«Sus padrinos son el coronel y don Luis.»

«Murió el señor cura el 10 de abril.»

«Recibido de mis primas, 3,500

800

600»

«Vendí el cortijo en 30 de abril en 80,000 rs.»

Juanita respiró.

Luego encontró esta nota, que aumentó sus ter-
rores:

«12 de Mayo.—Noche horrible.

Debo al coronel 27,000

al baron 13,000

Por la mañana me habian desengañado el ministro
y el director.»

«Día completo.»

Juanita saltó algunas hojas, sin reparar en lo que
contenian, ansiosa de encontrar el desentace de aque-
lla tragedia.

Sus ojos se fijaron en esta nota, sólo porque tenia
guarismos.

Billete hasta Jaen. 240

Ropa y calzado. 800

Camino. 400

1,440»

—¡Se va! exclamó la jóven. ¡Vaya con Dios! Pero,
¿qué le aguarda en Jaen, despues de casada ella? ¡Y
cuán pobre emprende su viaje! ¡Ochocientos reales pa-
ra ropa y calzado. ¡Oh! ¡Y el pagaré del 19 de mayo?
¿Qué hará para satisfacerlo?

La hoja siguiente estaba toda escrita, y decía de es-
te modo:

«Hoy 17 de mayo he jurado á la *máscara blanca* no
quitarme la vida. Díome lástima de ella, no de mí. Y
eso que ella no me importa nada, ni puede importarme.
Lo que no es bueno no es digno de estimacion, y
esa mujer no es buena, puesto que me ama mas que á
la virtud, mas que á sus deberes. Esa mujer es ingra-
ta con otro, y su amor cae sobre mis heridas como una
ponzoña que las envenena.»

«Todos me han engañado: todos me han aconseja-
do mal: todos me han perdido.—Ella (¡mi C...!), los
poderosos que me ofrecieron ayuda, mis amigos, mis
camaradas... todos me han vendido negramente... ¡to-
dos y yo tambien! Yo me he desconocido á mí mismo;
me he desoido, me he maltratado, me he hecho mas
mal que todos juntos.»

«¡Sueños de amor y felicidad! ¡Paz de la conciencia!
¡Inefable fruicion de la justicia! ¡Noble ambicion! ¡Va-
roniles esperanzas! ¡Entusiasmos de la juventud! ¿Dón-
de sois idos? ¿Dónde estáis ya? ¿qué me resta sin vos-
otros?

«¡Me resta un corazon mas tierno, mas ardiente,
mas sediento de amor y felicidad que el primer día!...
¿Pero quién soy yo ya para el mundo? ¿Cómo apare-
ceré á los ojos de los demás?—Como un calavera ar-
ruinado, como un jugador perdido...»

«¡Y, sin embargo, yo detesto el juego; yo jugué la
primera vez por docilidad, por complacer á mis ami-
gos, y luego por desquitarme, por redimir lo que no
podia perder, lo que necesitaba para vivir.»

«Mas ¿á qué viene el escribir aquí esta confesion?
¡Lo cierto es que me consuela y me alivia el hablar con
estas mudas páginas, el confiarme á ellas, el mirarme
tal cual soy en su fidelísimo espejo!

«¿Ni qué amigos me quedan en cuyo seno desahogar
mis dolores?»

Tenemos la seguridad de que si Juanita hubiera sa-
bido dónde vivía Victor, habria rogado á su padre que
volase á su casa y que lo arrancase de las garras del
suicidio que ya se cernía sobre su frente.

Creemos mas: creemos que Juanita, con su espíritu
superior, habia abarcado toda el alma de aquel jóven,
y deducido que era digna de compasion, capaz de en-
mienda, merecedora de dicha, propia para hacer la fe-
licidad de otras almas.

Al librito le quedaban ya pocas hojas. En una de
ellas habia esta especie de codicilo, que completaba el
testamento que acabamos de leer:

«El amor es un sueño de una hora. Cualquiera otra
mujer me hubiera proporcionado el horrible despertar
del casamiento de C...»

—¡Mentira! pensó Juanita, visiblemente agitada.

«Nunca hubiera yo encontrado la mujer digna, tier-
na, generosa, resignada, única que habria podido ha-
cerme dichoso. Una mujer así, no existe...»

—¡Pobre loco! pensó Juanita. No hay nada tan de
sobra como una mujer semejante.

«¿Ni quién acogería al hombre arruinado, que sólo
podría ya vivir á costa de un trabajo continuo?...»

—¡Necio sin fé! ¡Yo te acogería, siempre que fuera
verdad tu arrepentimiento!

No bien formuló Juanita aquel pensamiento, cuya
sublime vehemencia enrojeció su rostro, cuando sus
ojos encontraron los siguientes renglones, que la hi-
cieron palidecer horriblemente:

«¡Pobre Lolilla! ¡Cómo va á llorarmel

»Advierto á cierta *máscara blanca*, que su actual
situacion con E... me releva del juramento que le hice
de vivir.

«¡Dios tenga piedad de mi alma, tratada tan sin pie-
dad en este mundo!

»Yo mismo me doy la muerte.

«Julio de Cardela.»

Aquí concluía el libro.

Juanita buscó en las hojas restantes, y no encontró
nada.

Entonces dió un grito y reparó en que estaba llo-
rando.

Levantóse; corrió hácia el gabinete de su madre...
pero, al pasar por el recibimiento, se encontró con su
padre que entraba.

—¡Ah! ¡papá!... exclamó fuera de sí...

—¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué pasa? gritó el anciano,
lleno de terror al ver á Juanita en aquel estado.

—¡Julio de Cardela!... ¿No sabe usted?...

—¿Qué? ¿Lo conocías?

—¿Cómo?

—Acaba de levantarse la tapa de los sesos con un
revolver en medio de la Puerta de Sol, delante de cien
personas. No hay ejemplar de un suicidio tan escanda-
loso, tan cruel, tan repugnante. Yo he visto el cadá-
ver en el patio del Principal, donde lo han depositado
provisionalmente. Un caballero de Jaen ha reconocido
en el suicida á un paisano suyo, y ha dicho su nombre.

«Este suceso me ha impresionado mucho, mucho!...
Pero tú, hija, ¿conocías acaso á ese jóven?

Juanita guardó silencio, y entregó á su padre el li-
brito de memorias. La pobre niña no podía hablar: la
ahogaban los sollozos.

—¿Un libro de memorias? ¿Acaso era suyo?

—Sí.

—¿Y quién te lo ha dado?

—Me lo encontré hace una hora en la plazuela de
Santa Ana, y acabo de leerlo.—Léalo usted.

—Sí; lo leeré, y en seguida se lo entregaré á los tri-
bunales.—Esto es curioso.—Vaya... serénate, y dí
que pongan la comida.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

INTERIOR DE LA COLEGIATA DE SAN FELIX

DE GERONA.

Al penetrar en el interior de la Colegiata de San Fé-
lix, el alma se commueve y se transporta, no sólo por la
majestad y armonía de sus proporciones arquitectóni-
cas, si que tambien por el claro-oscuro misterioso de
sus vastas naves, y sobre todo por reflejarse en sus
paredes, en sus esculturas y en sus cuadros, la histo-
ria de todo un pueblo y la voz del génio. Indudable-
mente, cada siglo ha ido á llevar allí sus ofrendas y el

recuerdo de sus glorias. Hay autores que suponen empezado ya este monumento en el siglo VIII, en que Recaredo regaló á San Félix la corona de oro arrebatada al tirano Paulo; empero, en ningun punto del edificio se observan vestigios que se remonten á tanta antigüedad. Su planta y los arcos de la nave principal, pertenecen al estilo de arquitectura romano-bizantino. Mas arriba de los arcos de la nave central, se eleva una

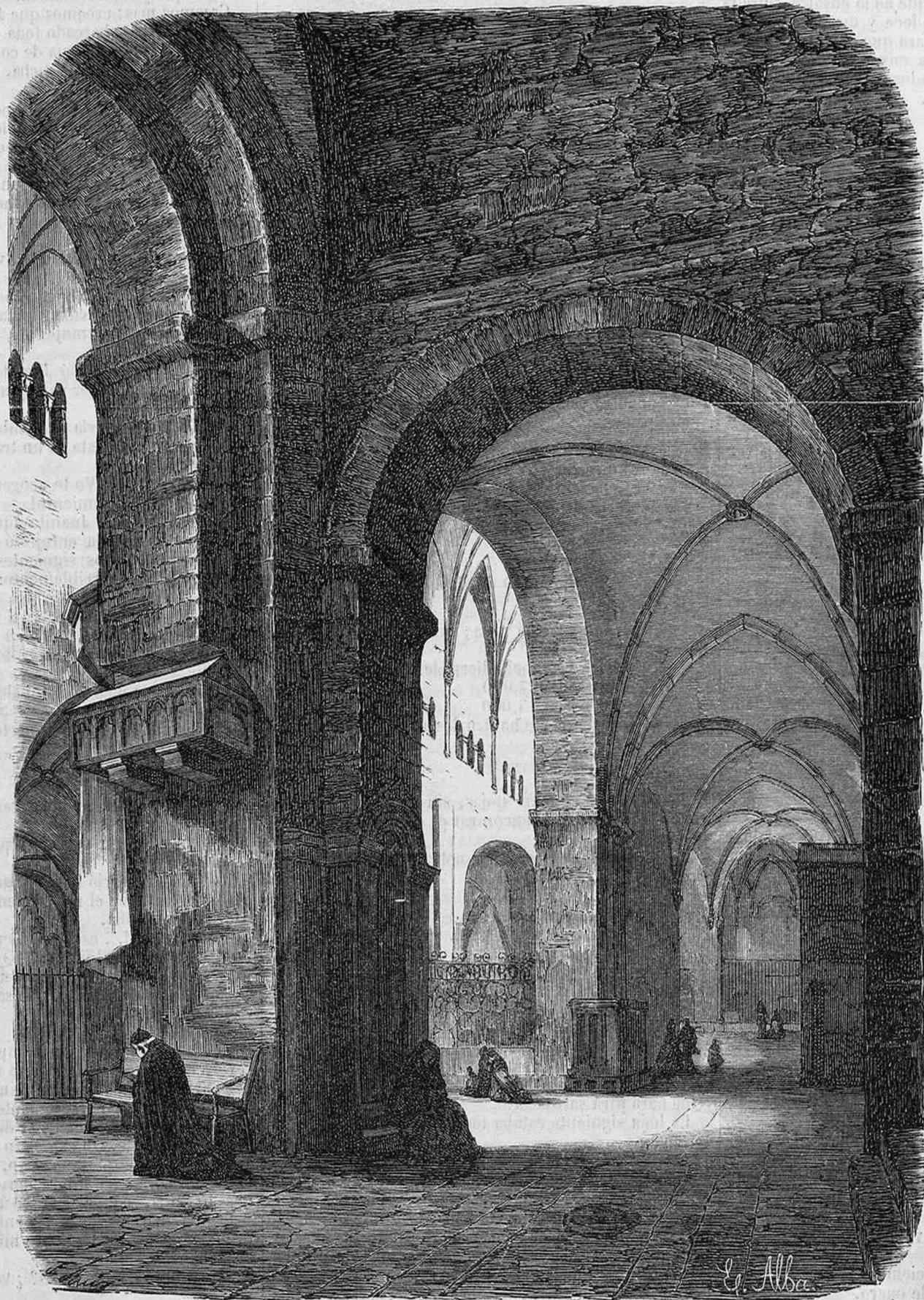
galería de columnas romano-bizantinas, cuyos capiteles se hallan atestados de follajes combinados caprichosamente, de personajes religiosos y de animales fantásticos; las bóvedas de la nave principal y del ábside del presbiterio pertenecen totalmente al estilo ojival ó gótico, que en los siglos XIII y XIV elevaba hacia el cielo esas inmensas catedrales, monumentos eternos del genio del cristianismo. La fachada poniente, así como la grandiosa capilla de San Narciso, situada á la parte Norte del edificio, pertenecen al Renacimiento. Con sólo nombrar este estilo, se tiene una idea exacta de su descripción. La fachada de San Félix y la capilla de San Narciso son monumentos del siglo XVI y XVII inmensas moles de piedra levantadas sin poesía y sin entusiasmo, sujetas á las reglas de Vitruvio y faltas de sentimiento religioso. Desde que se introdujo en la construcción el gusto profano de los cinco órdenes, el esplendor de la arquitectura cristiana quedó hundido para siempre y ya no hubo mas lugar para la belleza de los templos. Desde entonces, los arquitectos se esfuerzan con el compás en la mano en trazar formas frías y raquílicas, encerrados en el círculo de hierro de Vitruvio. Desde entonces, no se han visto mas esos portentos del arte, esas garbosas inspiraciones que sólo engendran los corazones elevados. El campanario, construido con arreglo á los planos del célebre arquitecto don Pedro Zacoma,

ofrece un contraste muy notable con la fachada contigua. De estilo gótico en toda su pureza, al contemplarlo desde lejos atrevido hacia las nubes, despierta en nuestra alma el sentimiento de lo grande y de lo sublime. No obstante, este atrevido centinela que parece custodiar los sagrados restos de San Narciso y de San Félix y que desafía al cielo con su elevada cúspide, fué herido por un rayo que le quitó quince metros de altura, y hace mas de doscientos años que está esperando la restauración.

El altar mayor, construido de madera, pertenece también al estilo ojival en toda su pureza. La base de este magnífico retablo está formada por doce estatuas que representan los doce apóstoles, cuyos ropajes constituyen por sí solos un verdadero museo de escultura. Seis cuadros pintados sobre madera y de mérito no co-

mun representan la historia y martirio de San Félix. En suma, éste sólo altar es una fuente inagotable, donde el filósofo y el cristiano, el poeta y el artista pueden estudiar de continuo y beber sublimes inspiraciones.

JOSÉ BERGA.



GERONA.—INTERIOR DE LA COLEGIATA DE SAN FELIX.

JACOBO STEPHENS,

JEFE DE LOS FENIANS DE IRLANDA.

Jacobo Stephens, que está considerado como fundador del fenianismo y como su jefe en Irlanda, nació en el condado de Kilkenny en 1823, y se dedicó á la carrera de ingeniero civil. Hasta que O'Brien y Mitchel formaron el partido llamado de la *Jóven Irlanda*, Stephens fue muy poco conocido, pero habiendo entrado en esta asociación, le favoreció mucho el hambre de 1847 y 1848, en cuya época escitó al pueblo á la insurrección, y varios jóvenes entusiastas individuos de este mismo partido, respondieron á su llamamiento y le aceptaron como jefe mientras él participaba con el mayor valor de los peligros que corría O'Brien, pe-

ligros que, ó á decir verdad, no estaban acompañados de mucha gloria. La prisión de O'Brien puso un término á aquella agitación momentánea, y Stephens buscó su salvación en Francia, donde le había precedido ya O'Mahony, individuo también de la *Jóven Irlanda*, y en el día jefe de los fenians de América. Después de vivir algunos años en Francia, donde se ocupaba, entre otras cosas, en traducir al francés las obras de Carlos Dickens, Stephens volvió á Irlanda y comenzó de nuevo la formación de una sociedad secreta, cuyos resultados hemos visto en el fenianismo, pero cuyas ramificaciones se dice que sólo él las conoce en su totalidad, habiéndose esforzado en organizar un sistema completo, por medio del cual la conspiración acaso tenga buen éxito algun día. Stephens sólo es el fundador del fenianismo, y él es el único que conoce todos sus secretos, sean los que quieran. Tres veces ha atravesado el Atlántico para formar y desarrollar el fenianismo en los Estados Unidos, ayudado por su antiguo amigo O'Mahony, que ha permanecido allí mas tiempo que él.

Durante algun tiempo después de su evasión de la cárcel de Richmond, Stephens estuvo en Irlanda y aun en Dublin, donde declaró que burlaría fácilmente las pesquisas de la policía por medio de otra policía fenian, contraria á la del gobierno, que se ocuparía en hacer inútiles todos sus esfuerzos. Poco antes de su partida á América ha estado algun tiempo en París, con el fin de arreglar los medios de emprender el viaje.

El retrato que hoy ofrecemos á nuestros lectores está tomado de una fotografía hecha recientemente, y por lo tanto podemos responder de su completa exactitud.

UNA ANECDOTA

DE MURILLO.

Se dice que una vez un rico comerciante de Sevilla, llevó á Murillo á la

plaza del mercado, y mostrándole una joven de unos diez y seis años que allí había, le pidió que hiciera su retrato.

La joven, que era una gitana, tenía una belleza tal, y aparecía, por decirlo así, de un modo tan pintoresco en medio de las canastas de frutas que vendía, que el pintor no vaciló en aceptar la comisión.

—Si podeis acabarme el retrato en el término de un mes, dijo el comerciante, vos mismo fijareis el precio.

Murillo prometió que el retrato estaría para fin de mes, y pidió por él 100 escudos; precio á que se acomodó el comerciante.

Murillo volvió á echar una mirada á su bello modelo, y se dirigió á casa de sus parientes para que la permitiesen ir al día siguiente á su casa.

La gitana no tenía mas parientes que un tío de mal

aspecto y peor reputación, y un primo joven, que era un muchacho excelente en toda la extensión de la palabra. El artista habló un rato con ellos, y al despedirse, dió cordialmente la mano al primo, pero con el tío estuvo mas frío, porque habia conocido que era hombre desconfiado.

A la mañana siguiente, Murillo se hallaba trabajando en su estudio, y lo poco que habia hecho indicaba ya que el retrato seria una obra maestra, cuando entró el comerciante.

—Esa cabeza será admirable, dijo con satisfacción al ver lo que habia hecho.

—Me alegro de que os guste, respondió Murillo, tanto mas, cuanto que tengo que pedir os una cantidad mayor que la que os pedí al principio.

—Os dije que fijárais el precio, replicó el comerciante; pedisteis 100 escudos, y yo me convine; no creo, pues, que debais exigir mas ahora.

—Lo siento mucho, replicó Murillo; pero veo que es imposible que tengais el cuadro por menos de 600 escudos. Si no quereis dar tanto, no se ha perdido mucho tiempo, y podeis encontrar otro artista que cumpla este encargo; pero por mi parte os digo, que no le tendreis, si no me entregais los 600 escudos que os pido.

—En cuanto á poder dároslos, repuso el comerciante, ya sabeis que no soy pobre; pero la cantidad es bastante grande; sin embargo, no quiero disputar con vos por quinientos escudos. Es mucho para vos el recibirlos; pero no lo es para mí el dároslos.

—Mirad la cuestion como os pa-



JACOBO STEPHENS, JEFE DE LOS FENIANS DE IRLANDA.

rezca, dijo Murillo filosóficamente pero dadme el dinero; es lo único que quiero.

—Tendreis los 600 escudos, dijo el comerciante, con un suspiro. Esta tarde os firmaré una obligación por esta cantidad.

—¿Por qué no la firmáis ahora, puesto que estais decidido á dármela? replicó Murillo.

—¿Quién sabe, contestó el comerciante, si esta tarde estareis mas razonable en el asunto?

—Eso me prueba que no estais decidido, observó el pintor.

—Lo estoy, repuso el comerciante; pero prefiero no firmar la obligación hasta la tarde.

Llegada la tarde, Murillo le manifestó fría y gravemente que ya no queria 600 escudos, sino 1,000.

El comerciante se negó al principio á dar tal cantidad; despues, vacilando, le ofreció 700, 800, 900, hasta que al fin se convino á dar 1,000. La obligación se firmó en el acto.

Antes de concluir el mes, el retrato estaba terminado. Cuando el comerciante fué á recogerle, se encontró con la joven gitana en la casa del pintor; estaba vestida como para ir á una fiesta; á su lado estaban su tío y su primo vestidos tambien con su traje de dias de fiesta, especialmente el primero, que parecia preparado para algun acto importante.

El comerciante pagó los 1,000 escudos.

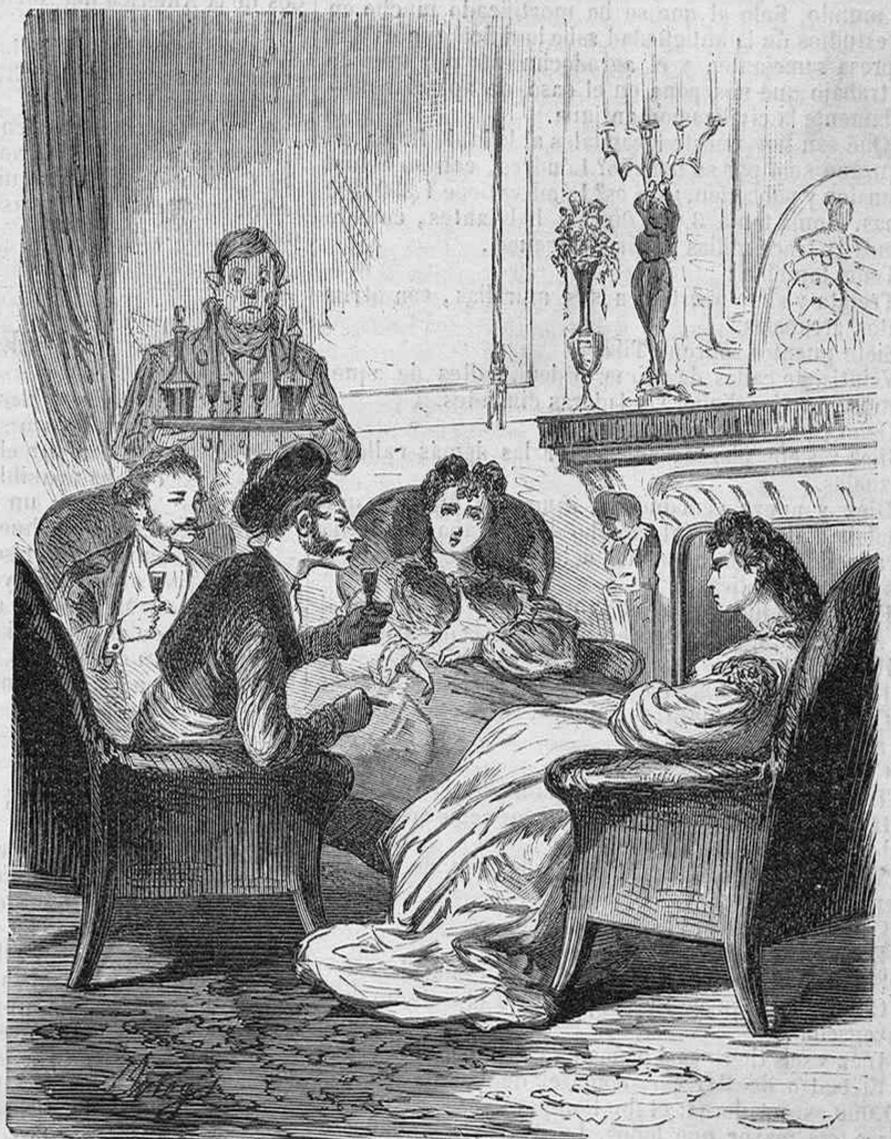
Asi que Murillo recibió el dinero, le puso cuidadosamente en una cartera, y despues abrió una puerta por la que entraron en el estudio un sacerdote y dos testigos.

El comerciante creía estar soñando.

ANTAÑO Y OGAÑO.



Así á principios del siglo vivió dichosa la España, y estos goces se tenían solo en la vida privada.



Hoy merced á las costumbres que al progreso nos empujan, goces mayores se encuentran dentro de la vida pública.

—Señor, dijo Murillo, por fin; mientras andábais en tratos conmigo acerca del retrato de esta jóven, estábais también tratando con sus parientes acerca de la ó ven misma, á la que ya habíais vendido á un corsario para que se la llevase como esclava. No lo negueis, vuestras protestas serian vanas, porque sé por su primo todo lo que habia. Su tío se convenció al fin de que hacia mejor en aceptar mi oferta que la vuestra, y como además los dos jóvenes se amaban, vi que seria una idea buena el casarlos y que vos pagáseis los gastos; vereis ahora lo que hago con los 1,000 escudos. El tío no queria que el matrimonio se verificase por 100 escudos, y pedia 600; si hubiéseis firmado la obligacion cuando yo os lo propuse, hubiérais ganado; pero la Providencia me ayudaba y os hacia ciego. Fuisteis á ver al tío de la jóven, y creyendo que le habian hecho alguna oferta mayor por la pobre muchacha, que vos ibais á sacrificar á un corsario, y este corsario á un pachá turco, prometisteis mas á su avaricioso guardian, que se halla aquí presente, y que ha dado su palabra de un modo que no puede volverse atrás, de no hacer nada en contra de la jóven. Como tenia ya la certeza de sacar una cantidad mucho mayor que la que esperaba de vos, me dijo que no queria faltar á la palabra que os habia dado, á menos que yo no aumentase la cantidad que le habia prometido. Vuestra liberalidad me puso en el caso de hacer lo que él queria, y él, por último, resolvió desechar vuestra proposicion y aceptar la mia, sin decirnos nada de su intencion. Aquí están el sacerdote y los testigos; si que- reis, podeis representar á los amigos y todo estará completo. Os he privado del modelo, pero tenéis el retrato que podeis mandar al pachá para ver si le gusta.

El casamiento se celebró sin mas dilacion; pero no en presencia del comerciante que, corrido y lleno de cólera, no tardó en marcharse, y al dia siguiente vendió el retrato por la mitad de lo que le habia costado, para no tener á la vista un objeto que le recordaba el mal rato que habia pasado á consecuencia de la mala accion que queria ejecutar.

ROMA ANTIGUA.

César Cantú ha recogido las inscripciones antiguas de los tiempos de los emperadores Valente y Valentiniano; ha examinado con tranquilidad los escritos de Amiano Marcelino y otros clásicos de la decadencia, únicas fuentes en que pueden encontrarse los detalles que él necesitaba, y con estos datos y los documentos particulares de los archivos italianos, ha logrado darnos una descripcion muy estimable de la ciudad reina del mundo. Solo el que se ha mortificado mucho en los estudios de la antigüedad sabe lo difícil que es una empresa semejante, y el agradecimiento que merece un trabajo que nos pone en el caso de apreciar menudamente la civilizacion antigua.

¿Qué son hoy vuestras capitales al lado de Roma, si se juzgan solo por su tamaño? Londres, con su actual estension y poblacion, ¿qué es? Londres tiene 1.350,000 almas. Roma tenia 3.000,000 de habitantes, cuando menos, y trece millas de circunferencia.

Tenia también:

Treinta y siete puertas en sus murallas, con otros tantos arrabales.

Siete puentes sobre el Tiber.

Veintisiete calles de primer orden, calles de aquel tiempo, ó mejor dicho, verdaderas ciudades.

Ocho campos de ejercicios.

Diez y siete plazas, sin contar las demás calles y plazuelas.

Diez y nueve acueductos, inmensos puentes que igualaban el terreno intermedio de montaña á montaña para conducir las aguas de ochocientos cincuenta y dos fuentes públicas.

Estos acueductos permitian un barco en el caudal de sus aguas, que iba desde una distancia de 40 millas.

Habia:

Dos capitolios ó grandes capitolios nacionales.

Cuatrocientos veintitres templos, entre ellos algunos de riqueza increíble.

Catorce bosques sagrados.

Tres palacios para el Senado solamente.

Diez y siete basílicas para tratar los negocios del Estado.

Veintinueve bibliotecas, gran depósito de toda la ciencia antigua.

Ocho círculos para recreo público.

Dos anfiteatros con el mismo objeto.

Seis palenques para los gladiadores ó luchadores.

Cinco naumaquias ó estanques para el estudio de la navegacion.

Diez y seis thermas ó baños públicos, con 836 baños.

El teatro de Marcelo, como el de Balbo, permitia 30,000 espectadores; el de Pompeyo 40,000. El gran circo era mayor que todos. Las thermas de baños de Diocleciano ponian á disposicion del público mas de 3,000 pilas de mármol. También habia 46,602 casas particulares, con toda la estension que daban los romanos á tales edificios.

Mil setecientos ochenta palacios de diez pies de ele-

vacion, divididos en cuatrocientos ochenta y cuatro barrios.

Doscientos cincuenta y cuatro molinos harineros.

Doscientos sesenta y ocho almacenes, ó alhóndigas.

Cuatrocientas cloacas para el servicio público, cuya sola limpieza costaba cada vez mil talentos.

Sin embargo, aquella ciudad, consumida por el vicio y ahogada por su propia mole, era la escuela del desorden. Era preciso agotar los productos de todas las provincias del imperio para mantener aquel lujo de la clase aristocrática y la holgazanería de aquel abyecto populacho.

Un senador al salir de casa llevaba consigo al menos un séquito de ochocientos, entre esclavos, bufones y criados; su traje se combinaba de una manera que dejase ver toda su complicacion de tejidos de oro y plata, que engastaban la pedrería. Y la ciudad se arruinó, el coloso cayó; no nos admiremos: ¿qué otros enemigos mas que éstos necesitaba para desaparecer de la superficie de la tierra?

EL PALACIO DE LA ESPOSICION

UNIVERSAL DE 1867.

Las siguientes cifras dan una idea de las dimensiones casi fabulosas del monumento consagrado á la industria cosmopolita.

El palacio de la Exposicion que ha de celebrarse en París, situado en el centro del Campo de Marte, es de forma oval, y comprende seis galerías concéntricas, unidas entre sí por vías transversales. El centro estará ocupado por un elegante jardín, con saltos de agua, en medio de plantas exóticas.

La superficie total, en el palacio propiamente dicho, asciende á 146,388 metros, y está dividida como sigue. Indicamos las naciones por el orden que se les ha asignado, partiendo de la entrada principal que dará frente al puente de Jena, volviendo á la derecha.

Francia y sus colonias, 64,056 metros.—Países Bajos y sus colonias, 1,998.—Bélgica, 7,249.—Prusia, 7,328.—Estados diversos de la Confederacion Germánica, 7,528.—Austria, 7,528.—Suiza, 2,416.—Dinamarca, 650.—Suecia y Noruega, 2,091.—España y sus colonias, 1,994.—Portugal y sus colonias, 1,134.—Grecia 648.—Principados rumanos, 648.—Estados romanos, 648.—Italia, 3,888.—Rusia, 2,496.—Turquía, 1,796.—Persia y Asia central, 648.—China, Japon y Asia meridional, 810.—Africa y Oceanía, 810.—Méjico y América central, 648.—Estados diversos de la América meridional, 810.—Brasil 972.—Estados Unidos de la América del Norte, 3,346.—Gran Bretaña y sus colonias, 23,002.

La comision imperial, ha conservado, además, un espacio no repartido de 1,376 metros, para las eventualidades imprevistas.

Pero el palacio no pertenecerá solamente á los espositores; ya se está trasformando la superficie restante del Campo de Marte en un espléndido parque, donde habrá habitaciones obreras, granjas modelos, campamentos, etc., etc.

DOS SEMILLAS.

Dos semillas, agitadas por un céfiro suave, vagaban por el espacio en una apacible tarde.

Cayó en un campo la una y hoy es palmera gigante; cayó en un risco la otra y allí murió, y allí yace.

Mi corazon es el campo en donde nació tu imagen, tu corazon es el risco en donde la mia yace.

LOS CHICOS DEL BARRIO.

Cuando sale de casa mi dulce dueño, los chiquillos del barrio la van siguiendo.

Y ella se vuelve, y á los mas pequeñitos besa en la frente.

Las mujeres exclaman: «¡ bendita seas! »

Y los ancianos dicen: «¡ Dios te proteja! »

Yo, suspirando digo: «¡ quién se volviese chico del barrio! »

CONSTANTINO GIL.

El inventor Mr. Lightfoot, de Filadelfia, describe en su patente de invento el método de que se vale para preparar los cueros por medio del petróleo (aceite de Belmontina) combinado con sebo, aceite ú otras materias grasas. El procedimiento se efectúa del modo siguiente:

Se tiende la piel sobre una mesa y se frota con un instrumento apropiado, hasta que presente una superficie plana y uniforme. Despues se le aplica con cuidado una capa de la composicion; que debe hacerse en proporciones variables, segun la temperatura en que se opera. La piel que se emplea debe estar á medio secar, porque en este estado se halla mas apta para impregnarse con la composicion. Para preparar esta última, asocia al petróleo ú otros hidrocarburo-líquidos el sebo, los aceites y en particular el aceite de blanco de ballena, etc.

Si ha de darse crédito al *Memorial de la Loire*, se ha hecho un gran descubrimiento en muy poco tiempo y á algunas leguas de Saint-Etienne. El inventor, que se llama Luciano Tracol, parece que ha encontrado el medio de producir la seda sin recurrir al gusano. Partiendo del principio de que el gusano no es mas que el hábil instrumento que confecciona el producto encerrado en la morera, Luciano Tracol se ha ingeniado de modo que ha logrado extraer el precioso producto del árbol mismo, despues de varios ensayos quimicos, que, segun dicho periódico, han producido los mejores resultados.

De los 1,423 objetos existentes en el museo arqueológico de Tarragona, hay 17 mosaicos, entre ellos el precioso de la Medusa; 62 lápidas, muchas de ellas dignas de estudio; 34 ánforas; 75 lamparillas; 48 caras y cabezas; 96 entre estátuas y restos de ellas; 44 entre columnas, chapiteles y restos de ellas; 41 piras y acetras, y mas de 100 fragmentos arquitectónicos, de mármol.

HISTORIA DE UN AMOR DESGRACIADO.

(CONCLUSION.)

El industrial mostraba á Isabel la agradable sorpresa que le habia causado su declaracion; decia que le habia aclarado los misteriosos sentimientos que tenia desde algun tiempo, cuyo carácter nunca habia podido comprender; le agradecia largamente su favor, le juraba ser suyo ó morir, y le participaba que dentro de algunos dias se pondria en camino, para darle personalmente las gracias y promesas que le enviaba por escrito. La emocion del padre fue tan grande, que temió por su vida. Se encendió su sangre, turbósele el cerebro, y por un momento estuvo como fuera sí. Al recobrarle, meditó un poco, y habiendo sabido que su hija estaba en su aposento, fué á verla y la halló triste y con la correspondencia en el regazo. El marqués cerró la puerta, y la dijo con una voz que sin ser alta aterraba: —« Dame inmediatamente las cartas que tienes de Federico. » Cuando la jóven oyó esto, quedó tan turbada, que pensó haber oído mal; y como mirase con estupor á su padre, éste le repitió la orden asiéndola rudamente del brazo. Isabel, dominada, sujeta por aquel tono y la fisonomia que la acompañaba, mas instintiva que reflexivamente, las sacó del seno y se las entregó llorando y temblando. El marqués las leyó una á una, y haciéndolas pedazos, como tambien la que él tenia, dijo: —« Inmediatamente vas á partir para Madrid; y si dentro de una semana no te has quitado del corazon ese amor deshonoroso, te acordarás para siempre de tu padre. » Entonces la dejó encerrada y fué á escribir á un pariente suyo lo que pasaba y lo que habia de hacer con su hija, á quien despachó aquel mismo dia para la corte acompañada de dos criados de confianza y la doncella.

Dos ó tres dias habian pasado, cuando llegó Federico completamente curado de sus profundas melancolias, si bien no por esto alegre y decididor. Informóse en su casa del estado de la familia del marqués y supo con asombro que Isabel habia salido para Madrid y que tenia allí una carta de su padre. Pidióla y la leyó. El marqués le prohibia poner los pies en su casa y pensar en su hija, amenazándole con su cólera si desobedecia. Federico palideció. —« Ese hombre, dijo, se ha equivocado de siglo. » Y se fué á su casa. Pero no le dejaron entrar. Furioso, mandó al portero que dijese al marqués de su parte que era hombre para él y que le declaraba guerra á muerte. Cuando el marqués lo supo, escribió dos líneas al gobernador de la ciudad. Federico, el mismo dia, fué á Barcelona con intencion de trasladarse á Madrid, pero al llegar, fue preso y encarcelado, sin que le dijese por qué. —« ¡ Infame! pensó, atribuyéndolo al marqués. » Despues de pasar en la cárcel algunos dias, tratado con las mayores consideraciones, le pusieron en libertad dándole las mayores satisfacciones.

El joven se embarcó entonces para Valencia, con intención de ir á Madrid. Al desembarcar, volvieron á prenderle. Fuera de sí de indignación, escribió al gobernador de la ciudad amenazándole con hacer pública la intriga en que tomaba parte, si inmediatamente no le ponía en libertad. El funcionario, para evitar un escándalo, mandó que le soltasen. Federico llegó dos días despues á Madrid.

El marqués se le había adelantado temeroso de alguna violencia. Halló á su hija triste, abatida, llorosa, sin que ni bailes, ni tertulias, ni teatros hubiesen podido distraerla. Sus parientes, que para persuadirla mejor, la habían tratado con agrado, enojados de ver su insistencia, cambiaron de conducta alejándola su pasión y acusándola de querer deshonrar la familia casándose con un hombre bajo é insignificante. La persecución fue terrible y encarnizada, siguiéndola hombres y mujeres, jóvenes y ancianos: la llamaban romántica, maniática, loca; usaban del ridículo y del sarcasmo para rendirla; las muchachas decían entre sí con sorna y de modo que ella lo oyese: Chica, nuestra prima tiene una *gran pasión*; los jóvenes le aconsejaban que escribiese sus memorias que se immortalizaría; las viejas la rechazaban y amenazaban; los criados no se cuidaban de ella y la escarnecían dándole el nombre de las heroínas de novela y drama que entonces estaban en mas boga.

Ya hemos dicho cómo era el carácter de Isabel. Así es, que no se extrañará que aquella persecución la abatiese y postrase. Entróle una tristeza tan grande, que en pocos días cayó enferma de gravedad. Ya su padre estaba con ella entre triste y furioso. Azuzábanle contra su hija los parientes, amenazándole con echarle de la familia, si consentía en un enlace tan deshonroso. En breve toda la aristocracia madrileña supo lo que pasaba y se unió á los enemigos de Isabel, para aconsejar y amenazar al marqués, contribuyendo á que su voluntad no se quebrantase. En esto, se supo que Federico estaba en Madrid y había averiguado dónde vivía su amada. Alarmáronse todas las personas de la familia y pensaron lo que había de hacerse. Unos, opinaron que era mas llano valerse del gobierno para alejarle ó aprisionarle; pero habiendo sabido lo que pasó en Valencia, temieron un escándalo y variaron de plan. Un joven, primo de Isabel, muy valiente y diestro, aconsejó que se suspendiese el consejo, pues él trataría de vencer la dificultad.

Con este objeto, se vió con Federico, le dijo quién era y le intimó que se marchase de Madrid. El industrial llamó á su criado y le mandó que acompañase aquel joven á la puerta y que si volvía á presentarse le dijese que no estaba. Pálido de rabia el primo, tiró un bofetón á Federico, á cuya injuria éste se levantó para vengarla dándole de palos. Mas deteniéndole el aristócrata, le dijo que entre personas decentes como ellos estas cosas se dirimían con las armas. El industrial aceptó el desafío, y nombrados padrinos, se convino en que tendría lugar al día siguiente en la Fuente Castellana.

Federico, al saber cómo estaba su amada, había procurado verse con el médico, le había explicado lo que pasaba y había alcanzado que éste le diese noticias fíarías de su salud, si bien con la condición de no intervenir en aquellos amores. Todavía no había estado aquel día, y cuando le vió despues de saber lo que mas le interesaba, le contó el lance que acababa de tener. El médico, que sabía lo que pasaba en la familia, viólo que aquel joven iba á perderse, sin decir lo que había, le hizo ver que si su enemigo le mataba, daba una gran satisfacción á toda la casa, y que si él le hería ó mataba á él, se perdía siendo perseguido como homicida y sepultado en presidio. Federico comprendió perfectamente al médico y le juró que pensaría lo que había de hacer para huir de los dos extremos, sin faltar al compromiso de honor. Pensólo toda la noche y halló una combinación espuesta, pero feliz. Cuando los padrinos fueron á buscarle, pidiéndole que cambiase alguna de las condiciones del combate y que en lugar de tirar el primero, como ofendido, tirasen los dos á la vez. Los padrinos lo extrañaron; pero viendo que insistía en tener esta desventaja, al fin accedieron. Los del antagonista no tuvieron dificultad, viendo que favorecía á su apadrinado. Pusieron los dos rivales frente á frente, á quince pasos de distancia, y uno dió la señal. Cuando todos creían que los dos iban á tirar, vieron con asombro que solo el noble hizo fuego. Entonces Federico, que había quedado ifeso, llamó á los padrinos y les preguntó si había cumplido como hombre de honor y de valor. Le respondieron que sí.—«Pues bien, dijo entonces, el señor no es digno de que dispare un tiro contra él. Su grosería merece el desden que le doy.»

Y saludando, se alejó, tomó el coche y volvió á su posada, dejando á todos admirados y asombrados.

VIII.

Quando el médico supo el comportamiento del industrial, tuvo en mas estima su carácter y movido á compasión por sus tristes amores, determinó favorecerlos y hablar al marqués. Isabel empeoraba cada día: había perdido la apetencia, el sueño y las fuerzas morales; presa de una tristeza y tedio profundos, llamaba á

la muerte desde el fondo de su corazón. Parecía un cadáver, según estaba de pálida, inmóvil y ensimismada; y una calavera, porque había enflaquecido tanto, que al través de la piel aparecían trasparentemente los huesos. Tenía continuamente los ojos cerrados y las manos sobre el cobertor de la cama. Cuando la llamaban, á veces no oía y continuaba inmóvil como antes, siendo necesario que repitiesen el llamamiento para que abriese los ojos. Entonces miraba con fijeza al que tenía delante y le contestaba por signos con la vista. Ni aliento tenía para abrir la boca, y cuando había de tomar récipes del médico, era necesario que se la abriesen ó la ayudasen. No hablaba, ni podía oír hablar alrededor suyo, pues al instante le daba vueltas la cabeza.

Pasaba el día en una ideal contemplación de su amado, á quien le parecía tener á su lado, enfermo como ella, enamorado como ella, y como ella llamando á la muerte para realizar en otro mundo aquella unión amorosa, que había ideado y esperado hacer en éste. Los pensamientos de la joven eran puros, sus sentimientos angélicos: atada al mundo material por un hilo delgadísimo, tenía mas de éter que de barro. ¡Cuántas imaginaciones celestes tuvo aquellos días! ¡Cuántas visiones santas! ¡Cuántas horas de éxtasis sublime! Entregada á aquella elevada somnolencia, apenas se acordaba de la tierra. Ya había perdonado cordialmente á los que causaban su desgracia; ya se había compadecido de su padre y disculpado su rigor; ya había pedido á Dios para todos ellos perdón y olvido de la muerte que le daban. Así es, que apenas se acordaba de ellos; y cuando los tenía á su vista ó los mentaba, lastimábase lo que hacían y habían hecho, mas por los remordimientos que tendrían un día, que por la desgracia que le causaban. Pensaba también en su madre, cuyos cuidados perdió cuando los necesitaba mas. Regocijábale con la esperanza de verla luego, y le pedía mentalmente que rogase también á Dios por los que, víctimas de una preocupación, les llevaban al sepulcro.

El marqués, presa el alma de las mayores angustias pasaba largas horas á la cabecera de su hija. Contemplábala lleno de tristes presentimientos, teniendo tan arraigada su determinación respecto de aquellos amores, que apenas se acordaba de que estaba en su mano recobrar el bien paternal que perdía. A veces lloraba; casi siempre se golpeaba con desesperación la cabeza. Imaginaba la vida que tendría al verse solo en el mundo dentro de algun tiempo; imaginaba las bellas ilusiones que había inventado al ver crecer aquella única hija; acordábase de su niñez y de las hermosas horas que le habían dado sus inocentes caricias. Entonces se conmovía de tal suerte, que, no pudiendo evitarlo, su cabeza caía aplomada en la cama.

Los parientes llegaron á temer que enloqueciese, y habiéndolo consultado con el médico, éste entró también en cuidado al ver algunos síntomas de una extraordinaria concentración de espíritu. Encargó que le distrajesen y le dejasen ver poco á su hija; pero ni el marqués aceptó su distracciones, ni toleró que le separasen de Isabel.

Un día el doctor le sorprendió hablando agitadamente consigo mismo. Señaló al que le acompañaba que guardase silencio y estudió al marqués durante un cuarto de hora. El anciano, fijo en una idea, le daba vueltas continuas sin notarlas; iba y venía en ella, no cansándose nunca; repetía las mismas palabras; lloraba, gemía, se enfadaba. El médico movió la cabeza tristemente y determinó por caridad también para el marqués hablarle de la causa del mal de su hija. Hizo ruido para que el anciano volviese en sí; pero tan embebecido estaba, que no lo notó. Entonces, acercándose el doctor le tomó de la mano y le sacó de su ensimismamiento.

Despues de haber examinado á la joven y dispuesto lo que le pareció bien, pasó con el marqués á otro aposento para darle cuenta del estado de la enfermedad. Como en estas ocasiones casi siempre estaban solos, porque en la casa miraban ya al padre y á la hija con la mayor indiferencia, llamándolos por despecho *románticos* y *locos*, el médico cuando hubo acabado su relación de costumbre, añadió con timidez: «Sin embargo, doña Isabel puede curar.»—«¿Que puede curar! exclamó el marqués. ¿Entonces, por qué me dice usted que su mal es de muerte?»—«Porque para la medicina lo es, y tanto, que la hija de usted no tiene ocho días de vida.» El marqués se llevó la mano al corazón oyendo este terrible pronóstico.—«La hija de usted está enferma de un mal moral, no físico, y la medicina, ciencia del cuerpo, no se estiende á curar el espíritu. Quien puede curar á doña Isabel es su padre; sólo su padre.»—«¿Yo?»—«Sí, porque aun es tiempo. Conceda usted á su hija lo que desea, lo que sólo puede darle vida; y dentro de un mes...»—El marqués, que hasta entonces no había comprendido al médico, conociendo sus intenciones, no le dejó concluir. Púsose en pie y dijo con irritación:—«¿Yo casarla con un hombre de mala muerte, con un industrial de poco mas ó menos! Jamás. Un marqués, señor doctor, sólo puede casar á sus hijas con sus iguales, so pena de deshonrarse y deshonrar la familia.»—«No lo niego, repuso el doctor; pero cuando en Francia se hace...»—«Tampoco le dejó concluir el padre.»—«La nobleza fran-

cesa, dijo, no ha degenerado tanto que case á una marquesa con un fabricante de mala muerte. Si allí se hacen algunos casamientos morganáticos, es con plebeyos que han sido ministros, diputados ilustres y que son banqueros riquísimos. Con estas condiciones también se han hecho algunos en España. Pero jamás se ha visto que el descendiente de una familia ilustre como la mia haya entregado su nombre, su fortuna, sus blasones á un industrialillo de una ciudad de tercer orden de provincias. Un desatino semejante no se verá jamás.»—«Entonces, dijo el médico, resignese usted con su suerte, porque dentro de ocho días no tendrá usted hija.»—«Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo el marqués: prefiero verla morir, á verla deshonrando mi casa.»—Así acabó esta terrible conversación.

El doctor salió de la casa para continuar las visitas, y en toda la carrera no pudo quitarse del entendimiento la horrorosa escena con el marqués. La primera impresión que le había causado había sido malísima, porque considerando la cosa superficialmente, repugnábale y le parecía odioso el comportamiento de aquel padre. Pero siendo hombre reflexivo, lo estudió largamente, y halló que el marqués tenía disculpa. No cabía duda que quería entrañablemente á su hija, que daría por su vida la última gota de su sangre, pues su dolor, los estravíos de su entendimiento, lo probaban con evidencia. ¿Pero qué mucho que no le concediese el remedio que había de curarla, si desde la cuna, lo había de tener por nocivo y vivía rodeado de personas eminentes que tenían la misma idea y le exhortaban á rechazarlo? ¿Qué mucho, si todas las clases de la sociedad hubieran extrañado aquel enlace y mirándolo como una derrota para aquella elevada familia? El doctor, reflexionando sobre sí mismo, hallaba en sus ideas una multitud de preocupaciones parecidas, mas ó menos fundadas, pero que en determinadas circunstancias le llevarían á desbarrar como desbarraba el marqués.—«Yo soy doctor, se decía, tengo fama, tengo fortuna y una numerosa y rica clientela. Si Dios me hubiera dado hijos y una hija mia se hubiese enamorado de un obrero ¿tendría ánimo para dársela, aunque llegase á la muerte?»—«Y sin embargo, ese obrero podría valer mas que todos los caballeros...» Al hacerse esta reflexión, un sudor frio bañó la frente del doctor.—«Sí, sí, se dijo: los que llamamos locos tienen razón: la constitución social es absurda; nuestra vida es contraria á la naturaleza. Donde hay contradicciones tan monstruosas, no se siguen las leyes humanas, sino las leyes que deforman á la humanidad. ¿Cuándo tendrán relación nuestras costumbres con nuestros sentimientos?»—«Tales eran las reflexiones que se hacia el doctor.»

Poco despues de haber llegado á su casa le anunciaron á Federico. Oprimiósele el corazón, y fué á recibirle con una cordialidad que nunca le había tenido, aunque ya hemos visto que le trataba mas que cortesmente: pero las reflexiones que en toda la mañana se había hecho, le daban á sentir mas su infortunio.

Federico estaba también desconocido, sin embargo de que la lucha que sostenía le había conservado las facultades activas. En otra ocasión y con otra causa, quizá hubiese caído en la postración en que ya le hemos visto; pero entonces no podía ser así, porque no haciéndose cargo de los motivos que tenían los parientes de Isabel para oponerse á aquel amor, su conducta le indignaba estremadamente; y el movimiento en que había de estar de continuo para saber noticias de su salud acababa de darle agitación y actividad. Mas su alma desequilibrada era presa de un ardor semejante á la fiebre. Dominábale la imaginación, que tenía en continuo desvelo, inquieta, colérica y rencorosa. Estaba flaco, su traje era desaliñado, apenas comía, ni tomaba ningún alimento; pasaba una parte del día y de la noche debajo de las ventanas de su amada, puestos los ojos en los cristales, como si pudiese verla al través de ellos. De noche, con la luz, podía ver los movimientos de las personas que andaban por el aposento y los interpretaba según las noticias que el médico le había dado. A veces lloraba; á veces, quedaba absorto, como lleno de estupor; á veces, levantando los brazos al cielo, le pedía venganza, misericordia, compasión, milagros, todo; ya alternativa, ya confusamente.

La continua presencia del joven llamó luego la atención de los vecinos; se indagó de qué venía, y luego se supo la verdad, escitando la compasión de todos indistintamente y la indignación de muchos. Desatábanse las lenguas en maldiciones á la familia, en calificativos y apóstrofes al padre, distinguiéndose las mujeres, cuya simpatía por Federico aumentaba al verle dotado de tan buena apariencia y al saber que era rico y de finos modales. Por la noche, los serenos, que antes toleraban con dificultad que se quedase en la calle y que frecuentemente le hacían marchar, ya humanizados por la relación que los vecinos les dieron, no le molestaron mas, reduciéndose por pura compasión á aconsejarle que fuese á tomar algun descanso cuando le veían con trazas de quedarse allí hasta la mañana, ó de caerse rendido de sueño y fatiga.

Las noticias que aquel día le dió el doctor, fueron, como se supondrá, fatales: sabiendo la vida que quedaba á la joven, preparó á Federico para aquella terri-

ANTAÑO Y OGAÑO.



Así el día de Inocentes llevaban gente al teatro, las actrices eminentes de mil ochocientos cuatro.



Hoy la actriz de mas valer, sin remilgos, ni reproches, sale así todas las noches y hay quien no la quiere ver.

ble emoción, estendiéndose en reflexiones que le hicieron llorar desatada y silenciosamente. El médico, teniéndole sin cesar de las manos para comunicarle mejor la ternura de su exhortación, le preguntó si tendría valor para ver aquel terrible y supremo momento, y quiso hacerle jurar que no atentaría á sus días. Pero Federico no le respondió ni juró, lo cual aumentó su compasión, mostrándole cuán perturbado estaba aquel claro entendimiento. Entonces, como tuviese determinado mandar los Sacramentos á la enferma para el día siguiente, dió al jóven hora para que no presenciase la defunción; cosa que, en efecto, se pudo evitar, impidiendo un escándalo de los mas aflictivos.

Al ver acercarse la muerte de Isabel, sus parientes conmovidos olvidaron los pasados y todavía tiernos rencores; apenas dejaron un momento su cuarto, y las jóvenes no podían contener sus lágrimas; habiendo algunas, quizá las que habian estado mas agresivas, que lloraron con una pasión fuerte y sincera. El marqués, atónito, no sabia bien lo que le pasaba. Miraba alternativamente aquel cuadro, á la enferma y la alcoba, y sin decir una palabra ni tomar ningun alimento, continuaba en un sillón, á pesar de los ruegos é instancias que le hacian para que tomase algun descanso. En fin, una mañana el médico dijo que á la caída de la tarde moriría. Todos quisieron recoger su último suspiro, lo mismo sus parientes que sus amigas, y el aposento se llenó de jóvenes de las primeras familias de la corte. El doctor procuró tener á Federico en su casa, y mandando que no le dejasen salir, ni le perdiesen de vista, volvió á casa de Isabel. La jóven parecia un ángel. La quietud y paz de su rostro daban respeto y admiración. Al ver al doctor, todos cuantos estaban sentados, se levantaron y se agruparon alrededor de la cama. Entonces el médico, teniendo un pomo en la mano, empezó una lucha paciente con la muerte para disputarle algunos minutos de la vida que iba á tomar. Seguian los circunstantes con un interés ansioso aquellas alternativas, y era un espectáculo solemne el silencio de aquel grupo numeroso. Al fin, algunos minutos despues, el doctor, levantando la cabeza, dijo con gravedad: «Señores, que Dios tenga compasión de su alma. A estas palabras, hubo un estremecimiento general.» un segundo de silencio; pero luego se levantó alreedy del lecho un gran llanto, y las jóvenes, echándose unas en brazos de otras, sollozaban y gemian. El médico, que no perdía de vista al marqués, vió que lleva-

ba las manos á la cabeza y la doblaba. Corrió apresuradamente á socorrerle; pero le encontró ya muerto de un fuerte ataque apoplético.

El doctor, inmediatamente volvió á su casa, y sabiendo que Federico no habia salido, entró en la sala donde estaba. El jóven, que al fin habia caído en la cuenta de lo que habia de estar pasando, al verle tan alterado, adivinó su desdicha, y echándose en sus brazos le preguntó si ya habia muerto. El doctor estaba tan conmovido, que no pudo contestar. Federico insistia, con los ojos puestos en su fisonomía y en sus labios, para oír mejor su respuesta. Entonces, le dijo que sí. Perdió el conocimiento Federico cuando vió confirmados sus presentimientos, y al volver en sí, pidió por favor que le dejasen sólo. El doctor, viendo que no tenia encima ni habia en el aposento ninguna arma, le complació; pero no se apartó nunca de detrás de la puerta. El jóven pasó toda la noche en una agitación tempestuosa, que no describiremos porque quizá la profanariamos. Al día siguiente, llamó al doctor, y le mostró varios papeles que habia escrito.—«Son, dijo, mi testamento. Dejo mis bienes á los pobres. Vamos á buscar un escribano que los legalice, y despues me llevará usted al entierro de Isabel. Nada tema usted de mí. Tengo mucha voluntad y me domino completamente. A la caída de la tarde, nos separaremos para siempre. He amado tres objetos en la vida: mis padres, Isabel y la libertad: he perdido los dos primeros: me queda el último, y voy á dedicarle los días que me quedan. ¡Ojalá que mi sacrificio sea útil á mi patria!»

LUIS CARRERAS.

AJEDREZ.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 68.

Blancos.	Negros.
1. ^a A 5 C R	1. ^a R 1 C (A)
2. ^a C 5 A D	2. ^a R 4 A R
3. ^a P 4 R jaq.	3. ^a R 1 A (1)
4. ^a C 6 R jaq. mate.	
	(1)
3. ^a	3. ^a R 4 R
4. ^a A 6 A R jaq. mate.	

(A)

1. ^a	1. ^a R 4 A R
2. ^a	2. ^a R 1 A
3. ^a C 7 A R jaq.	3. ^a R 4 A R
4. ^a P P 4 R jaq. mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Lara, F. Gonzalez, M. Lerroux y Lara, R. Canedo, M. Zafra, E. Castro, J. Alva, B. Garcés, D. García, G. Dominguez, Bosch y Rocafull, de Madrid.—M. Cuesta, C. Mieg, y A. M. Fernandez, de Gijón, Casino de Artesanos de Moguer.—Por un error se publicó como exacta, no siéndolo, la solución en tres jugadas que apareció en el núm. 48 de este periódico, referente al problema núm. 65.



ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de provincias que se sirvan renovar la suscripción si no quieren experimentar retraso en el recibo del número 1.º de 1867.

A los suscritores de Madrid se les pasará el recibo al tiempo de repartirles el ALMANAQUE.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.
 IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.